

## CAPÍTULO 1º

### UN PUEBLO EN LA MONTAÑA LLAMADO VILLA DEL ENCINAR

Esta es la historia de un pueblo pequeño de la Serranía de Cuenca, donde el tiempo transcurre sin prisa y deja a la gente vivir sus tranquilas vidas desde que nacen hasta que mueren; dándoles, eso sí, algún pequeño susto de vez en cuando.

El pueblo en cuestión se llama Villa del Encinar, y es un lugar tranquilo y acogedor, rodeado de montes, de pinares, con un sosegado río bajando a tan sólo un par de kilómetros del lugar. Con sus huertos y campos de trigo, donde los hombres y las mujeres trabajan desde que amanece hasta que se pone el Sol, y donde juegan los niños.

Pero... Un momento. ¿Dónde están las encinas que dan nombre al lugar? No hay encinar alguno en la zona, y el más cercano se encuentra a más de cien kilómetros. Entonces, os preguntaréis, ¿por qué ese nombre? ¿Capricho tal vez? No, hombre, no. Según he oído decir por ahí, el nombre fue dado al pueblo en honor a un importante señor que pasó por allí hace ya algunos años y que, según parece, hizo mucho bien al lugar y los vecinos, agradecidos, le cambiaron el nombre en honor a este señor, pasando de llamarse Villa del Monte a Villa del Encinar, en memoria de un tal Enrique del Encinar y Cabezos, Archiduque de Tarancón y algún que otro titulillo nobiliario más que no viene al caso para nuestra historia.

Hablemos ahora del pueblo y de sus doscientos habitantes escasos; de sus estrechas y polvorientas callejas, donde los más ancianos del lugar, como la señora Colasa o doña Palmira, la “Patatera”, como la llaman los niños porque siempre se está jactando de que durante la Guerra los soldados republicanos se maravillaron del tamaño y del sabor de sus patatas, se sientan para hacer punto, coser algún roto en la ropa de trabajo de los hombres de la casa o, simplemente, calentarse al sol del mediodía, mientras los hombres, jóvenes y fuertes, trabajan en los campos y las mujeres cocinan dentro de las casas.

Es también la vida y la historia del pequeño Ayuntamiento, donde don Genaro, el Alcalde, se aburre enormemente y, de vez en cuando, redacta algún que otro bando municipal, recordando a los encinareños cosas que se saben al dedillo, o prepara una vez a la semana la habitación más amplia e iluminada del edificio consistorial para que don Vicente, el joven y atribulado médico rural, pueda atender la salud de sus convecinos y recetar pastillas al tío Julián o pomadas a doña Anita para calmar sus picores de cuello y espalda.

Y la vieja escuelita, en la que don Anselmo, el maestro, soltero y de extraño andar, se afana por inculcar algo útil a los pocos chavales del pueblo.

O la parroquia, donde don Mariano el cura, de ideas antiguas pero gran corazón y mejor humor, y tan capaz como el que más de pasarse la tarde en la taberna de Cleofás “El Ciego”,

llamado así por ser muy corto de vista, bebiendo vino y comiendo jamón y queso hasta reventar, intenta por todos los medios hacer comprender a las buenas gentes del pueblo que pecar no conlleva nada bueno.

Y ésta es la gente sencilla y trabajadora que vive en Villa del Encinar, dejando hacer al tiempo y a la vida, levantándose antes de que salga el Sol y acostándose cuando el Sol comienza a ocultarse.

A este lugar tranquilo y apacible va a llegar un día, no recuerdo exactamente cuando, un viejo carretón que va a quedar abandonado en la plaza del pueblo sin que nadie lo reclame.

Y este viejo carro se va a convertir en testigo mudo de lo que va a ocurrir en el pueblo durante este invierno. Un invierno duro y frío que, por muchos motivos, será recordado por los encinareños.